

Ensayos

Un relato sobre el patrimonio cultural intangible. La Historia de lo que jamás debería haber sucedido

POR RICARDO PABLO RECA (*)

Sumario: El desenlace. — 1. La obsesión. — 2. La confusión. — 3. La llegada. — 4. La culpa. — 5. El arrepentimiento. — 6. El sosiego. — 7. La espera. — 8. La estación. — 9. La decisión. — 10. Little Bray. — 11. Swift. — 12. El encuentro. — 13. El viaje. — 14. La sorpresa. — 15. La decepción. — 16. La estación. El retorno. — 17. El psiquiatra. — 18. El manuscrito. — 19. El escritor. — 20. La historia. — 21. La apropiación. — 22. La reivindicación. — 23. La identidad. — 24. El actor. — 25. La propuesta. — 26. La tesis. — 27. Las conclusiones. — 28. El debate. — 29. El reinicio.

Resumen: Una historia oral es una narración llamada a difuminarse, a recrear el instante, a desarrollar una trama que la imaginación nos dicta. Por eso, este relato -ya sin el destinatario- comienza en el último capítulo. Ahora, hecho palabra escrita, plasma una crónica tan verosímil como ficcional, sobre la casualidad y el desencuentro. Luego retorna, trasciende y se apropia como un dato vindicativo e identitario. Una mirada sobre el patrimonio cultural intangible y a la vez un interrogante que puede reiniciarse infinitamente.

Palabras claves: una historia oral - un relato sobre el desencuentro - un retorno - una identidad - un debate - un reinicio.

Prólogo

Ruan es una ciudad compacta y alegre, tiene una iglesia que pintó con obsesión Monet y que el Museo de Orsay expone en algunos de sus magníficos momentos.

Allí se inició esta historia oral, porque una danzarina, de casi trece años, la urdió con su mirada despierta y contagiosa.

Entre nosotros, nació el título, los personajes, la trama y los capítulos, secuencias que se fueron desgranando en un juego infinito y ficcional.

Sus ojos, su concentración, los detalles que recordaba; fueron, son, la única razón que justificaba ese mundo mágico, paralelo y atemporal.

Después, en Normandía, en esa casa con tiempo, que tiene una leña apilada para todos los inviernos, seguimos narrando con el pulso de su imaginación.

Fue la última noche, en Sacre Coeur cuando llegamos a la inminencia del final, a un desenlace, que como la vida, deja en el polvo de la palabra, los secretos, la memoria, los abrazos y aún la pasión. En ese instante, las tres hormiguitas se durmieron.

No supe hasta que llegué, que todo se presentaría como una necesidad, un retorno que me permitiría seguir estando allá, como una forma que nos prolonga en los otros.

Quizás la vida, sea sólo un relato, como el que ahora entrego.

(*) Profesor Ordinario Titular de Derecho Público Provincial y Municipal, Cátedra I. Facultad de Cs. Jurídicas y Sociales. UNLP

EL DESENLACE

1. La obsesión

Ethel corrió desesperadamente; como una brisa invernal sus pasos se agitaban al compás de su incontrolable angustia.

Atrás, Darwin la llamaba con insistencia, sus brazos se extendían como las aspas de un molino y sus gritos hacían eco en ese atardecer solitario.

Podía una confusión generar tanto abismo?...

Por su cabeza pasaban las imágenes que reconstruían su historia de amor. Se acordó cuando se miraron con Peter en ese día lluvioso reconociéndose fugazmente de un auto al otro; cuando lo vio entrar en la cafetería y casi se rozan en su salida; cuando coincidieron en ese campamento de expertos que estudiaban con pasión las huellas que las rocas nos dejan como testigos mudos de otros tiempos. Todo se agolpaba en su mente con frenesí, todas esas imágenes parecían hablar de una longeva historia y sin embargo era un puro y reciente presente.

Cuanto tiempo había pasado desde que decidieron ir a Ottawa?...

Acaso un mes? o una suma de días que en su febril intensidad parecían años o décadas?

Sus pasos se apresuraban como una estampida, el cuerpo cansado a punto de caer o desmayarse; no atinaba a nada: ni a pedir auxilio, ni a parar un coche, ni siquiera a buscar la carretera.

Parecía que no tenía destino esa travesía, que solamente la guiaba un impulso que nacía de su apretujado corazón. Cuánto faltaba para su casa? 10, 15, 20 cuadras? Cuánto tiempo había demorado en su visita anterior?, Iba en dirección correcta?, o acaso giraba sin rumbo como los cachorros perdidos de una manada?

...

Los gritos de Darwin parecían escribir en el aire una desesperada invocación, todo era como un relámpago, como una exhalación, como si su vida dependiera de ese encuentro y cayera sobre ella una extraña y enfermiza responsabilidad.

Por qué? Por qué? Por qué? Se decía entre lágrimas en medio de su desconcierto.

Puede el amor de otro generarnos culpa?

Podría ella haber evitado esa casualidad?

Acaso uno contribuye sin saberlo, a desatar una incontrolable pasión?

Ethel de alguna manera ya empezaba a estar sola...

Sobre sus pasos un enloquecido Darwin la llamaba, mientras en su casa Peter adelgazaba y se consumía en una inexplicable fatiga.

Por momentos, lo único que quería era seguir huyendo, correr, correr y encontrarse a sí misma, recuperar la frescura e inocencia que parecía estar perdiendo a cada instante.

De repente, ve esas flores violetas y blancas, que surgían con toda lozanía entre ese manto de nieve que cubría el horizonte.

Fue como encontrar una postal familiar, un dato que la abrazaba en el medio de tanta desesperación y que en sus rebosantes pétalos le anunciaban una inminente cercanía.

...

En ese momento, quizás por distraerse o por emocionarse trastabilló en la carrera, su cuerpo se hundió unos centímetros en el frío que todo lo cubría y su rostro demudado quedó de cara al cielo como quien ofrece una plegaria.

La sombra de Darwin la volvió en sí, un largo silencio se interpuso entre ellos, parecía una escena entre la presa y el predador, entre la indefensión y la acechanza.

Él, por fin, habló. No había en sus palabras ni en sus gestos agresividad o violencia; por el contrario, parecía brotar una inesperada ternura que se expresaba en forma de murmullo o de ruego.

Se arrodilló junto a ella, le esparció lentamente la nieve que entumecía sus brazos y le dijo que la amaba, mientras una imperceptible lágrima corría por su mejilla...

Ella no estaba paralizada, ni siquiera -aún después de lo ocurrido- asustada, solamente exhausta; con ese cansancio que se asemeja a la entrega. Por un minuto reconoció en su cara una súbita dulzura, algo que le despertó esa sensación que todos tenemos frente al desamparo o al desasosiego.

Así, adormecida por el frío, agotada por esa vertiginosa carrera, presa de tantas imágenes que la acorralaban sin descanso, se quedó yerma como quien asume un responso o se otorga una tregua, un paréntesis a tanta intensidad.

Él en ese instante apoyó sus labios sobre los de ella, con tanta delicadeza como si fuera el roce fugaz de una mariposa.

Solamente un grito que llegaba desde las alturas del monte sacudió esa forma de somnolencia, ese momento sin voluntad, ese encuentro compulsivo.

-Quién está allí!!!, respondan, quién está!!!...

El corazón de Ethel se detuvo, la voz de Peter parecía salir de las entrañas de su desconsuelo; rápidamente levantó su vista sobre el horizonte para reconocer su figura.

Darwin seguía arrodillado, no atinaba a nada, como si hubiera quedado petrificado por ese eco; su mirada perdida caía indiferente y sin destino.

-Ocurre algo?, Ocurre algo? Le pareció escuchar a Ethel.

Como pudo giró sobre sí misma y solamente vislumbró un paraje tan desolador como el blanco uniforme de la nieve que la rodeaba.

2. La confusión

Michael siguió su camino, no alcanzaba a ver desde la montura de su caballo esa figura que llamaba su atención. Acostumbrado a las tareas baqueanas, a las cabalgatas que cada tarde realizaba por los alrededores de su casa, tenía la mirada aguda para detectar la más mínima novedad que la naturaleza le ofrecía en ese paraje tan conocido. Pero la distancia era mucha y la falta de cualquier respuesta o señal lo persuadió de la equivocación.

Pensó que podían ser esos pájaros enormes de alas negras e imponente pecho que sobrevolaban la zona en peregrinaje de otoño, se llamaban *chumacos* y él sabía por narración de sus padres que eran parientes en extinción de los halcones y excepcionalmente recorrían el cielo en un vuelo laborioso y único.

También podían ser esos osos pardos, los *desdentados* que debían su nombre a la conformación de un maxilar compuesto de dientes tan pequeños como imperceptibles, eran herbívoros y no representaban ningún riesgo para la hacienda de terneros azules, que con tanto orgullo criaba Michael como lo hicieron sus generaciones anteriores.

En fin, también podía ser esa ficticia visión que a veces nos sobresalta sin causa ni sentido.

Michael siguió, no había motivos para buscar esas figuras, ni tampoco para retener en su mente algún episodio especial.

...

Ethel paralizada buscaba con insistencia la figura de Peter, quería abrazarlo, quería pedirle perdón, quería sollozar interminablemente en su hombro, quería abrigarlo con sus brazos, quería besarlo con la fuerza de una redención, quería curarlo, suplicarle que se fueran a Swiff...

Quería estar en silencio por los próximos meses y solamente atenderlo a él, colmar la casa con la frescura que destilan los jazmines, preparar lentamente las comidas más delicadas y exquisitas (en particular ese pan de carne asado que le traía recuerdos de infancia, cuando su madre con tanto esmero, rebozaba lentamente su cocción con echalote y ciruelas acarameladas), quería leerle las novelas más fantásticas, los cuentos de amor más profundos y arrobarse con esa música folk que en su cadente melodía apaciguaba espíritus y emociones.

Lo buscaba con la vista y no lo encontraba, levantó sus brazos y tampoco nadie le respondía; por fin gritó su nombre con toda su alma y el eco de su propia voz le pareció una burla.

...

Darwin seguía ausente, mustio, desprovisto de esa profunda mirada que cayó sobre ella el primer día que se presentaron.

Ethel, sintió en su pecho el abandono, no podía dejar de pensar que Peter ofendido y alucinado por su estado, había visto las huellas de ese momento, de aquello que jamás debería haber sucedido.

Turbada, confusa, herida, siguió caminando lentamente...

Como le explicaría a Peter lo sucedido?

Que palabras podría utilizar, para que reconociera en ellas, el latido de sus sentimientos?

Puede justificarse la ofensa?

Puede excusarse la evidencia?

Era ella la culpable? Se repetía con callada indignación.

Dónde había marchado Peter?

Cuál sería su ofuscada carrera?

Si ella huyera -pensó-, podría contribuir a que algún día los dos hermanos entendieran esa confusa trama que parecía salir de las páginas de una irrisoria novela; o por el contrario -dudaba-, su partida permitiría silenciar todo lo ocurrido?

Qué hacer? Qué decir? Como se actúa cuando lo único que deseamos es llorar.

3. La llegada

Sus pasos se acercaban a la casa, podía divisar a lo lejos, las formas que el humo dibujaba, al exhalar el crepitar del quebracho en la chimenea principal.

Ve la voluptuosidad de una nube grisácea que todo lo empaña, le parece ver la figura de un hombre languideciendo, por momentos, ve suspiros de aliento en esa densidad desfalleciente...

Ya no corre, camina desganada, exhausta, perdida; muy lentamente piensa que no tiene nada que decir o mejor dicho no piensa, simplemente no tiene nada que decir.

Nadie sale a la puerta, nadie atisba su llegada, no hay la más mínima señal de esa vigorosa voz que la reclamaba hace un momento. Por un instante una inquietante idea la sacudió, un frío la estremeció completamente y la paralizó como si se hubiera quedado sin alma, una impresión se presentó ante ella con la fuerza de un presagio. Habría Peter terminado con sus días? La fiebre se habría adueñado de su vida? Acaso el desengaño es una forma de ausencia?...

...

Ethel gritó desde la entrada, un alarido desgarrador paralizó el paisaje con esa fuerza renovada que da el impulso, luego abrió la puerta preparada para todo.

Su mirada ansiosa auscultó los primeros metros, como quien releva la escena de una tragedia. Nada había frente a sus ojos, todo era de una apacible normalidad. Esos viejos sillones Chesterfield seguían haciendo la misma cuadratura alrededor de una mesa ovalada, había también revistas de paisajes y un delicado florero, que todavía conservaba el aroma de ese manojo de lavandas, que ella había recogido esa mañana para alegrar el ambiente.

Desorientada, expectante, fue palpando las paredes como lo hace un ciego frente a la oscuridad; su voz, ahora apaciguada como sus pasos, lo reclamó nuevamente.

4. La culpa

Peter apareció con el rostro afable, pues bastante recuperado, había estado preparando un pastel de frutos rojos para sorprenderla.

Ethel se abalanzó sobre él, con esa ajenidad corporal que suele adueñarse de aquéllos que se sienten inmerecidos, mientras tartamudeaba explicaciones y comentarios inentendibles quebrada en sollozos.

Estaba claro que Peter se estaba restableciendo de una manera vívida; el tono rojizo de su mejillas, una mirada límpida, ese mechón de pelo que caía vigoroso sobre su frente, la postura de sus hombros y sobre todo, una fuerza repentina que emanaba de sus brazos al sostenerla.

Ethel sonríe de una forma inesperada, rompe en otro sollozo que parece una carcajada. Se aleja, se recompone, constata con alivio la salud de Peter; pero al hacerlo, no le queda ya ninguna duda de que quien la reclamaba, era ese hombre sano y fuerte que tenía frente a ella. Como una paradoja, como el anverso de una misma emoción, en la sanidad de Peter estaba la certeza de que había sido él, solamente él, el que había visto ese momento que tanto la atormentaba.

...

La contención de Peter, su paz, su cariño, le pareció el más terrible de sus rigores.

En ese estado de desconcierto y culpa, como una ironía, pensó en Darwin; estaría por llegar? La sola idea de que se aproximara le aceleró los tiempos de una resolución que la acompañaba como una sombra. Lo imaginaba abriendo la puerta y reclamando lo que ella no podría explicar. Dónde estaba? Acaso todavía arrodillado o quizás en una inminencia que sospechaba próxima y devastadora...

No había tiempo. Se abalanzó sobre Peter y le suplicó con una voz que le salía del estómago, vamos a Swiff!, por favor, vamos a Swiff!, te lo ruego...

Peter la miraba con incredulidad, no entendía, no llegaba a entender ese abrupto cambio, que solamente parecía brotar de un estado incomprensible.

La rodeó por los hombros y con ternura acarició su pelo y su cuello, como el dueño que calma a su fiera en un momento de arrebató.

Ethel volvió a irrumpir en un llanto interminable, a jugar sus últimas cartas, a intentar rescatar su profundo amor de un cercano e inevitable naufragio.

Con toda decisión exclamó:

-Estoy confundida!, estoy confundida!, por favor necesito que me acompañes, que empecemos una nueva vida...

Mientras pronunciaba estas palabras, se daba vuelta lentamente hacia la amplia ventana que estaba a su espalda, pendiente de un desenlace que presumía cercano.

Peter se sintió desbordado por esa situación absurda, por esa fuerza huracanada que deslizaba planteos de enigmática razón; la entrega dio paso a la resistencia.

Se alejó de ella, apartó la mano de su cuello en una forma decidida y clavando con desilusión su mirada soltó:

- Qué te ocurre?, qué pasa? Basta ya!.

El ambiente se tornó en una tensión irrespirable, el silencio los apartó abismalmente en una mueca de sí mismos.

Ella en un acto reflejo empezó a buscar su valija y algunas pertenencias, caminaba como poseída, mientras recogía los más insólitos objetos. No había tiempo y toda la comprensión de Peter se le presentaba como si fuera pura conmiseración, como quien perdona a quien no se perdonó.

..

En un último intento lo tomó del brazo, en un lenguaje mudo lo tumbó con tanta fuerza, que así arrodillados frente a un escenario descompuesto, lo abrazó mientras le rogaba:

-Por favor, por favor, por favor!!! Vayámonos!!...

Peter la apartó con firmeza, toda su ternura inicial se quebró; de repente pronunció lo que no quería, lo que no deseaba, como esas vueltas que esgrime la palabra para hablar de lo mismo:

-No te entiendo, no puedo entender que te pasa!!... Hací lo que quieras, lo que necesites!!.

Naturalmente, una expresión de las tantas que suelen sucederse frente a una situación insólita e incontrolable, pero en Ethel retumbaron con la fuerza de una decisión. Pensó que en esa exclamación, residía finalmente el despecho de un amor que se creía engañado.

Tomó su abrigo, un gorro grisáceo que la acompañaba desde siempre y un bolso que solamente cargaba dos o tres cosas que arrebató de su lado con total indiferencia. Abrió la puerta y salió sin saber a donde...

5. El arrepentimiento

Darwin había quedado petrificado, arrodillado, con su mirada perdida en el infinito, sin atinar a nada.

Pocos y eternos minutos quedó así, en una posición que parecía una actitud casi mística como quien espera o recibe un mensaje.

Agotado, con gran desgano se levantó, sacudió su ropa y su rostro de la escarcha que lo envolvía, frotó sus manos con energía que en su color violáceo daban los primeros signos de hipotermia, apretó sus tobillos con una bufanda para lograr restablecer una circulación adormecida y caminó lentamente rumbo a su casa.

Mientras andaba, comenzó a despabilarse.

Se quedó atónito, no se explicaba por qué había actuado como lo hizo, en nombre de qué desgarró se había obsesionado hasta el límite de un delirio inimaginable.

Como si todo hubiera sido una imagen extraña, como si su comportamiento hubiera surgido de un reclamo atávico, se daba cuenta, lentamente, de tanta locura.

-Qué hice? Se preguntaba a sí mismo, que pasó? cavilaba en voz baja...

..

Siempre había sido callado, tímido, introspectivo; su vida había pasado entre la algarabía emprendedora de Peter y la imperturbable responsabilidad de Michael, no había otro espacio para él –o así él lo sentía- que esa forma de acompañamiento tácito que caracterizaba su entrega.

Acaso había querido llamar la atención, ser por un momento protagonista, perturbar la felicidad de Peter, o quizás, de alguna manera, reclamarle que no había otro espacio que estar los tres juntos para siempre.

El remordimiento lo agobiaba, su propia estatura le pareció súbitamente miserable.

Sin duda, Ethel había despertado en él una sensación única e irrepetible, pero ahora –por primera vez–, tomaba conciencia de las otras causas que también confluían en esa obsesión.

Cuanto daño había hecho? Cuanta infelicidad podría haber causado en ese impulso posesivo?

Respiró profundamente, de rebato las lágrimas empezaron a correr por todo su rostro y cayeron como gotas de deshielo, una tras otra, sobre su campera de cazador.

Nunca diría nada, guardaría su incomprensible actitud en el más recóndito de los olvidos, tomaría una prudencial distancia, no pasaría por la casa en los próximos meses y luego acompañaría la felicidad de su hermano con los gestos más nobles y desinteresados que un hombre puede ofrecer...

6. El sosiego

Ethel se refugió en la casa de sus padres y pasó los primeros meses sin poder emitir una palabra: su madre con empeño encaminó la solicitud de su licencia, convocó a los mejores médicos para su atención, pero con instinto único percibió que una corrosiva culpa la desgajaba.

Todo fue cuidados y la serenidad de su casa, poco a poco, la fue sosegando de ese dolor insoportable.

Por esos días y sacando fuerzas de donde no tenía, le había escrito dos cartas a Peter; la primera, corta, para pedirle que la comprendiera, para suplicarle que nunca la dejara de amar como ella hacía con él... no recibió respuesta. La segunda, fue un tiempo más tarde, allí con todas sus energías, le contó en una larguísima carta, casi todos los hechos; evitó detalles que pudieran lesionar innecesariamente la sensibilidad de Peter y también aquéllos que pudieran perturbar definitivamente la relación con su hermano. Se despedía con el ferviente anhelo de un próximo reencuentro. Tampoco recibió respuesta.

El tiempo fue haciendo lo suyo. Cuando lentamente se recompuso se dedicó al cuidado de sus padres, tomó unas horas de cátedra en una escuela cercana y pidió tareas pasivas en el laboratorio de la Universidad, con el fin de abocarse a la clasificación y tipología de los distintos hallazgos que con minuciosidad catalogaba.

No quería volver al campamento, porque la pasión que tenía por las tareas de campo, la asociaba inevitablemente con esa otra pasión que ensombrecía su vida...

7. La espera

Ese día, cuando Ethel se fue, Peter se quedó esperando su regreso, con esa natural ansiedad de quien asume una discusión pasajera cuya gravedad relativiza. Pasó dos, tres, cuatro horas mirando por la ventana, asomándose a la puerta, también había intentado en dos oportunidades, salir en su búsqueda por ese camino angosto que conducía al poblado.

En un primer momento, no lo había hecho porque todavía estaba preso de su indignación. No había sido él -pensaba- quién inició el episodio, por el contrario en todo momento esa absurda discusión lo dejó desconcertado y atónito. En eso consumió un largo rato -una hora o quizás más- cavilando, reconstruyendo cada instante, ponderando las distintas actitudes, gestos y señales y en especial las extrañas razones que pudieran haberlas motivado.

Estaba totalmente abatido, mucho le había costado restablecerse y no podía comprender las causas de tanta desconsideración; por cierto, mucho menos, esa actitud final que parecía reflejar un rechazo que no lograba interpretar de ninguna manera.

Cuando ese primer momento pasó, el silencio lo empezó a inquietar como si toda la ausencia que lo rodeaba patentizara su orfandad. Reaccionó, comenzó a dar pasos a grandes zancadas, iba y volvía en círculos, sin atinar a otra cosa que no fuera esa constante vigilia.

Por fin, decidió ir a buscarla, pero lo detuvo la idea de que su partida pudiera profundizar el desencuentro.

Así, casi sin poder hacer nada, se quedó un largo tiempo; parecía ese hombre languideciendo que el humo de la chimenea principal dibujara en el aire unos minutos antes.

..

Al anoecer constató su extraordinaria soledad. Todo había enmudecido, añoró aún la discusión, que lo dejaba ahora en un monólogo abúlico e insoportable.

Con el paso cansino, como si hubiera hecho una extraordinaria travesía, fue hasta la cocina y cortó en un acto reflejo, ese pastel de frutos rojos que había preparado para ella; al ver la porción sobre su mano le pareció una ironía, estaba a punto de disfrutar de una sorpresa que no tenía destinatario, ni fecha, ni motivo...

Esa noche, sobre la colorida alfombra que estaba en el living, durmió de a ratos, poco, muy poco, solamente cuando el cansancio lo agotaba cerraba sus ojos con intermitencia.

En esos momentos, soñaba con ella con profunda intensidad, sentía su mano en la suya, las promesas que se hicieron, las miradas tan cerca como quien comparte una intrigante complicidad, la risa que tanto lo contagiaba y esa manera juvenil y decidida que destilaba su femenino carácter. Se despertaba con sobresaltos, como llovido y buscaba de inmediato su figura.

El vacío que parecía inundar todo, lo volvía forzosamente a esa desconsolada realidad.

..

En la madrugada se angustió, le habría pasado algo? Dónde estaba? A dónde había ido? Por qué?

Tomó un abrigo y en ese estado fue camino hacia una guardia cercana de la policía montada, que tenía una modesta delegación en la zona, para cuidar, sobre todo, los recurrentes hurtos de ganado y otras cuestiones rurales. Nada sabían sobre Ethel, nadie la había visto, ni siquiera en esas cabalgatas que se realizaban en ronda dos veces por día, quedaban registros de alguna novedad.

Así también recorrió la iglesia (Alexis, el pastor, era amigo de su padre), el almacén de ramos generales, y otros pocos lugares que constituían la vida de relación de esa pintoresca localidad montañosa. Solamente le quedaba la estación, la había dejado como el último recurso, no imaginaba, no quería saber, que fuera ese, el lugar donde Ethel había consumado su despedida.

8. La estación

La estación de ferrocarril era de un estilo victoriano, con un amplio hall central –que solía servir de lugar de reunión– y solamente dos ventanillas enrejadas que daban hacia el frente; en una se expedían los boletos y en la otra se cargaban las encomiendas.

Se acercó a la primera con todo impulso, una voz nueva lo saludó:

-Buenos días!!

Se quedó mudo, parecía hipnotizado, ausente.

La voz reiteró:

-Señor! Señor!

El no contestaba, se apartó levemente como quien se hubiera confundido de destino, enseguida se acercó titubeando.

El vendedor no comprendía, mientras pensaba con reservas sobre el estado de ese hombre; estaría ebrio?, acaso alucinado?, o quizás tendría otros propósitos?...

Por fin, le dijo con un tono firme y levemente admonitorio:

-Señor que se le ofrece?

El joven no lo conocía, hacía muy poco que cumplía esas funciones en la estación del pueblo y creía estar frente a un forastero perdido y extravagante.

Peter finalmente balbuceó su inquietud, solamente se entendía:

-Se fue?? se fue??

El empleado dio bruscamente por terminado el encuentro:

-Si no se retira, me voy a ver obligado a llamar a la seguridad.

Solamente un hombre tan perdido y angustiado, podía ser un extraño en su propio pueblo, solamente tantas casualidades podían jugar ese tablero errático.

9. La decisión

Peter volvió a la casa, como si la vida se hubiera conjurado contra él, tan ausente y vacío que dudó por un instante si no era parte de una pesadilla. Luego se durmió, así como estaba, hasta el otro día.

Con la misma ropa, con una barba crecida al compás de la desidia, casi sin probar bocado -apenas lo indispensable-, recorría los espacios rastreando una respuesta.

Fueron varios días, los primeros donde el impacto de la partida seguía habitando todos los rincones...

..

Apenas recompuesto, se acercó a la inmobiliaria para pagar el alquiler de los primeros seis meses, argumentando que no quería involuntariamente atrasarse con su obligación, pues cuestiones de trabajo lo tendrían afuera frecuentemente. Dejó también una suma complementaria para los gastos de servicio (cuya gestión cumpliría la misma inmobiliaria) y de una forma como casual, comentó que un colaborador suyo se encargaría de cualquier novedad.

Resguardaba así una expectativa, una posibilidad, una necesidad que anidaba en lo más íntimo de su ser; pero su decisión estaba tomada, no volvería a ese lugar sin Ethel.

Allí se irían agolpando distintos avisos, algún que otro folleto y dos cartas que en su dorso denotaban una letra delicada y pequeña...

10. Little Bray

Little Bray era un pueblo que parecía detenido en el tiempo, de las muchas comunas que a poca distancia, se congregaban a las orillas del río Ottawa y formaban parte de la región homónima.

Había sido fundado a principio del siglo XIX, cuando 14 familias irlandesas se instalaron allí junto a los pocos habitantes que vivían de sus tareas de campo. Entre ellos estaba el bisabuelo de Peter, Jeremy, que trabajaba el hierro, como muy pocos, en artesanías de alta calidad.

Su nombre se debía a la ciudad de Bray, en el condado de Wicklow, al sur de Dublín, en la costa este de Irlanda, de donde habían emigrado por formar parte de un movimiento secesionista, que se oponía a la política del Reino Unido.

Por ese tiempo, habían fundado una iglesia protestante que todavía conserva su impresionante cúpula, como una escena majestuosa que sobresalía sobre el filo de la ruta.

..

La casona de piedra, tenía varias y espaciosas habitaciones en el piso superior, conectadas por un pasillo revestido en una sobria madera que le daba una sensación acogedora como el pasadizo de un tren o quizás de un barco.

El entrepiso, con ventanales amplios y luminosos en todas direcciones, le traía remembranzas juveniles.

En el fondo de un inmenso vergel, un sugerente arroyo marcaba el ritmo de su curso sobre piedras multiformes y a sus costados numerosos rincones dibujaban ese jardín tan callado y atrayente.

Allí había vivido con sus padres y hermanos, hasta pocos años antes.

Gregory y Rose habían emigrado al sur por razones de salud, a la localidad de *Roftock*, donde un clima benigno y unas aguas termales los resguardaban en plenitud.

Cuando partieron dejaron la casa a sus hijos, hasta que Darwin decidió trasladarse a una zona alejada propicia para cultivar los frutos rojos, que era la actividad a la que se dedicaba durante la semana y que ya había ganado un sólido prestigio en su comercialización.

Ahora Peter volvía a vivir a esa casa, que era una de las primeras que se habían construido en las márgenes de ese río caudaloso.

11. Swift

Swift, era una ciudad eminentemente turística muy cercana a las montañas de la Península del Labrador y se caracterizaba por ser una fuerte atracción para los deportes invernales, en especial, por su centro de esquí de los más reconocidos por la calidad de sus torneos.

Una permanente concurrencia se sumaba a los doscientos cincuenta mil habitantes que se sentían orgullosos del trazado limpio de sus calles, de las frondosas plazas y de ese aire puro que les regalaban las laderas cercanas.

La casa de Ethel estaba ligeramente retirada en un barrio donde predominaban los techos a dos aguas de pizarras negras y un verde furioso y cuidado. Era una zona que en su momento había construido el gobierno para los empleados del ferrocarril, que guardaba, desde entonces, una presencia sencilla y luminosa.

Nada había por delante que pudiera alterar ese ritmo cotidiano, que consumía días tras días, la tareas y el empeño de una sociedad ordenada y solidaria.

...

Caroll era una fiel representante de ese estilo de convivencia, pero alimentaba con intimidad su vocación por la pintura y su profundo amor por el jazz.

Había construido en el fondo un pequeño atelier, donde guardaba distintas telas al óleo, un sinnúmero de pinceles e infinidad de colores que le daban al refugio un ambiente cálido y acogedor. Ahí pasaba muchas horas, pero en los últimos meses no podía apartar de su mente la imagen de su única hija, que parecía tan distinta a esa joven emprendedora, locuaz y decidida.

No sólo la entendía desde ese instinto único, sino también, porque guardaba en ella una historia de amor, que a pesar de los años transcurridos, volvía con fuerza en algunos momentos, recordando aquella inexplicable deserción.

Sabía desde entonces, que la duda puede sabotear a la vida, cuando todo se trata de tomar una decisión...

..

Tenía que hacer algo –se repetía–, debía impulsar a su hija a enfrentar aquello que la perseguía como un callado fantasma.

Esa noche, en la mesa familiar, deslizó algunos comentarios con motivo del título de un cuadro que pensaba pintar.

George, su marido la escuchaba con atención intermitente, porque vivía abstraído en sus temas laborales y en su fervor por el ajedrez.

Ethel se prodigaba con dulzura y afecto, pero seguía tan silenciosa como siempre.

Caroll insistió:

- Creo que un título debe reflejar una situación y a la vez presentarse como una conjetura librada a los otros. "*La despedida*" -así había decidido llamar a la obra- puede ser una mano saludando al partir, una figura sola, un paisaje al atardecer, una mirada oblicua y ajena, también una lágrima, o una interminable nostalgia.

En fin -continuó- parece mentira, pero estoy pensando más en el título que en sus muchos e indefinidos contenidos; creo que toda despedida es la expectativa de un reencuentro, una parte nuestra que dejamos ir, un dato inasible que nos conforma para siempre.

Un silencio dubitativo fue la inmediata respuesta, parecía que en el ambiente se hubiese presentado una emoción contenida, como si una melodía sacudiese de su modorra esos sentimientos que los días iban aplacando.

Ethel fue a preparar el té a la cocina, su madre la siguió con sigilo, la tomó por el hombro y se abrazaron como no lo habían hecho en todo ese tiempo de reencuentro.

De repente, le susurró:

- No es a nosotros a los que tenés que cuidar, es a vos misma, uno tiene que intentar saldar todos sus sueños.

Al otro día, Ethel sacó su pasaje para Ottawa.

12. El encuentro

Michael cumplía sus tareas de campo con toda solvencia, su carácter apacible, su rectitud y una forma de nobleza que se expresaba de diversas maneras, le habían granjeado la simpatía y el respeto de toda la comunidad.

Todos los miércoles y sábados concurría a las siete de la tarde a la Iglesia protestante que por tantos motivos le resultaba propia y entrañable; uno de ellos, era esa agrupación que habían formado hace unos años atrás, que se dedicaba a tareas solidarias y al mantenimiento del añejo edificio. La agrupación se llamaba "*Más por los demás*" y la integraban unos veinte jóvenes que organizaban las actividades con renovado espíritu y una fraternidad que se había cimentado con su accionar.

..

Peter había reiniciado las tareas de investigación con una frecuencia menor, por lo que disponía de un tiempo que resultaba indispensable para recuperar una energía que sentía extraviada.

Una tarde Michael le contó exultante el proyecto que los animaba, con detalles le describió la recuperación que harían de una vieja casona donde instalarían el único hogar de ancianos de la zona.

El fervor en el relato lo despabiló, lo estremeció como si fuera un viaje interior, como si reconociera en la vida de otro la ausencia de la suya...

..

Guadalupe era trigueña, alta, con unos ojos oscuros y profundos, y un simpático lunar que la distinguía.

Era una de las más entusiastas en el emprendimiento, incansable trabajadora, comprometida, tenía un carácter amplio que regalaba con una permanente sonrisa.

En sus rasgos y en su temperamento sobresalía ese perfil latino que llamaba la atención, y que debía sin duda a esa bella ciudad de Guadalajara que tenía la música de todos sus ancestros.

Se llevaba muy bien con sus compañeros, pero tenía una singular admiración por Michael y podría decirse que ambos compartían una especie de liderazgo en esa tribu solidaria.

Esa tarde, cuando los presentaron, Peter sintió una inmediata afinidad, una forma de comodidad, como si la conociera de mucho tiempo.

Desde esa empatía que genera, en oportunidades, la vulnerabilidad, fluyó un afecto sincero y desinteresado.

En las charlas fueron descubriendo temas comunes, ella había terminado una reciente relación y con dificultad compartía la tenencia del pequeño Tobías. Él le fue comentando, de a poco, los latidos de su vida (en especial su amor por Ethel), evitando con pudor detalles que dejaba librado a la delicada sensibilidad de Guadalupe.

La palabra fue apaciguando sus historias...

13. El viaje

El viaje era un poco tedioso, porque el tren paraba en las distintas localidades que salpicaban la ruta entre Swift y Ottawa.

Había solo dos frecuencias semanales, por lo tanto los vagones iban completos con comerciantes que llevaban su mercadería, familias que visitaban a sus parientes y trabajadores migrantes que realizaban tareas provisorias en los distintos pueblos de la zona.

Ethel compartía el vagón con un matrimonio y su pequeña hija, la mujer hablaba sin respiro en una lengua que le resultaba más ajena aún que su propia y última vida. El asentía con monosílabos y algunas expresiones gestuales. La chiquita parecía absorta en su mundo y cada tanto sonreía como quien participa de un juego imaginario.

Quedaban varias horas por delante, así que resolvió aplacar su ansiedad caminando por los pasillos, y en dos o tres oportunidades, yendo hasta el servicio de buffet en el primer vagón, que consistía sólo en algunos sándwiches y refrescos.

En esa circunstancia, parada frente a la ventana, fue acompañando el paisaje que se le presentaba frente a sus ojos, con una narración íntima y paralela.

Recordaba su desconsuelo aquella noche en la estación, hasta que en la madrugada, presa de su desesperación, tomó el primer tren que pasaba; se le presentó el trasbordo que tuvo que hacer en Batavia, aquella mañana solitaria, en ese pueblo desconocido, donde no hizo más que llorar.

Pensaba en la generosidad de sus padres, en la rutinaria tarea que ahora realizaba en el laboratorio, y al hacerlo la asaltó una inmensa añoranza por sus tareas de campo, por esa ropa de fajina, por esos instrumentos que le permitían descifrar los secretos de la tierra, por el aire que golpeaba su cara en esos lugares áridos, por la fogata al anochecer, por esas carpas que parecían elevaciones de la propia naturaleza.

Pidió un café, así como distraída y pensó, mientras lo saboreaba, en estos seis meses de ausencia.

Por qué se había ido? Por qué no había podido dominar esa angustia incontrolable, que la había dejado tan etérea e impasible como el aire?

Volvió a su vagón con un convencimiento recuperado, con elegancia se acomodó nuevamente en su asiento.

La mujer seguía hablando y apoyaba sus palabras con enfáticos ademanes. Le pareció que nadie la escuchaba y una imperceptible sonrisa la acompañó...

14. La sorpresa

Cerca de las tres de la tarde, el tren detuvo su marcha en la estación de Little Bray. Ella bajó con muy pocos pasajeros más. Estaba nerviosa, anhelante, esperanzada y así, de esa manera, se quedó extasiada unos largos minutos, mirando todos los detalles. No veía la hora de verlo, de llegar a la casa, de comentar con toda firmeza lo que había ocurrido, de alivianarse de ese gratuito peso que la había consumido hasta el desvelo.

Quería disfrutar nuevamente las flores violetas y blancas, tomar posesión de sí misma, luchar y a la vez perdonar, terminar y a la vez empezar.

..

Una algarabía llegaba del hall central de la estación, al costado muchos caballos amarrados, algunos autos y varias camionetas. Era evidente que se estaba conmemorando alguna fecha o un festejo de singular importancia.

Pensaba sobre esto, cuando observó una pancarta que colgaba frente a ella "*Feria anual de los terneros azules*". Mientras esperaba el remis, escuchó una voz que la sobresaltó. Se quedó tiesa, conmovida, tuvo la impresión que toda su vida se presentaba a sus espaldas...

La voz era la misma que escuchó en los altos de la montaña, la misma que la reclamaba, la misma que la había llevado a esa despedida errática y sin destino.

Era inconfundiblemente la voz de Peter, que ahora parecía alborozada reclamando silencio.

Dubitativa, palpitante, sus manos humedecidas, una tensión en todo su cuerpo, siguió la voz como quien realiza un peregrinaje, corrió levemente la puerta de entrada del hall central -que estaba entornada- dispuesta a presentarse frente a esa pequeña multitud, convencida de que nada la detendría esta vez...

15. La decepción

Michael estaba con una camisa a cuadros, una campera de piel de oveja y unos jeans de los que colgaba un cuenta ganados de un marrón habano, estaba exultante pues ese año había sido uno de los mas propicios para la actividad y esa comunidad de amigos que lo rodeaba parecían reconocer en él un inevitable referente.

Ethel se quedó paralizada, atónita, no podía creer que esa voz que seguía haciendo uso de la palabra, no fuera la de Peter. De repente, toda la confusión se rebeló frente a ella, *Peter nunca la había visto y ella había pasado todo este tiempo pensando cómo explicarle lo que él no sabía.*

No podía salir de su estupor, con un repentino aturdimiento se corrió unos centímetros tras la puerta, mientras se recuperaba de un temblor que como un intruso la perturbaba.

..

La voz de Michael llamaba con dificultad al orden, en esa sobremesa festiva donde las anécdotas y las bromas parecían imperar.

De repente alertó:

- No hay que exagerar más, se trata de que cada uno de nosotros comentemos nuestra mejor experiencia, pero ni el vino, ni este encuentro tienen que llevar a desvirtuar el episodio.

En definitiva -continuó- nos hemos propuesto premiar el mejor relato sobre aquello que hayamos vivido, no sobre lo que nuestra fantasía hace con ellos.

Y después señaló:

- El día de San Patricio, creí ver unos osos desdentados o quizás esos pájaros chumacos que, como sabemos, están en extinción... Hubiera jurado haber visto tantas cosas, pero al fin me di cuenta, que

el cansancio y soledad de nuestra tarea y este abismo que nos rodea gran parte del año, exagera nuestra imaginación.

Luego de un breve silencio, concluyó:

- Por lo tanto, propongo que a partir de hoy, otorguemos el premio a la mejor ficción.

Todos hicieron un brindis, a los gritos aplaudieron al narrador, en una muestra de afecto interminable.

..

Ethel estupefacta escuchó el relato, se percató de que ella había oído la voz -la de Michael finalmente-, *pero que nadie la había visto, aquella tarde del 17 de marzo.*

Aturdida, al retirarse observó distraídamente la concurrencia por el ángulo que le dejaba la puerta entre abierta.

Su corazón se paralizó al ver a Peter, le pareció que en medio de tanta agonía un palpito los reencontraba.

Se quedó observando fija, inerte, conmovida.

Sin querer, reconoce a su lado una morena alta, espigada, con un simpático lunar que la distinguía y unos hoyuelos que iluminaban su cara cuando le sonreía. La decepción la agotó.

Era indudable que ella no tenía nada que hacer ahí...

16. La estación

Desolada, perpleja, se acercó a la primera ventanilla con todo impulso, una voz nueva la saludó:

- Buenos días!!

Se quedó muda, parecía hipnotizada, ausente.

La voz reiteró:

- Señora! Señora!

Ella no contestaba, se apartó levemente como quien se hubiera confundido de destino, enseguida se acercó titubeando.

El vendedor no comprendía, mientras pensaba con reservas sobre el estado de esa mujer; estaría ebria?, acaso alucinada?, o quizás tendría otros propósitos?...

Por fin, le dijo con un tono firme y levemente admonitorio:

-Señora que se le ofrece?

Ethel balbuceó con inquietud, solamente se entendía:

-Debo irme!! Debo irme ya!!...

El joven le extendió un boleto a Batavia, el más próximo destino...

EL RETORNO

17. El psiquiatra

Louis Calvet es un médico psiquiatra de 74 años, alto, con una postura afable y una mirada aguda y despierta, seguramente afiatada en el ejercicio de tantos años de psicoanálisis.

Hacía poco más de seis años que se había jubilado, y desde entonces se dedicaba a dar conferencias magistrales y a realizar algunas reflexiones científicas sobre su especialidad.

Vivía en Ottawa, en el corazón de esa Capital, en una residencia cómoda y espaciosa que destilaba el gusto y el carácter de sus dueños. Varias horas al día pasaba en su piano de cola, tocando distintas partituras, en especial Lizt, su compositor favorito.

Tenía tras sí una vida plena e intensa, y por delante la serenidad que le aportaba una personalidad reflexiva y armónica.

Compartía con Thelma, desde hacía casi 40 años, una vida de amor, realizaciones y confidencias. Ella era bonita, suave, grácil y al caminar parecía que bailara, seguramente por ese espíritu artístico que integraba su delicada naturaleza.

..

Por esos días se mostraba ligeramente ansioso, pues hacía un tiempo que un grupo de jóvenes investigadores, que estaban frente a un nuevo desafío científico, le habían pedido un trabajo para su revista. Tenía una especial inquietud por avalar a esos noveles psiquiatras, que estaban formando el embrión de una nueva corriente en el análisis terapéutico.

Su vida le dejaba pocos espacios, pues una inquietud permanente lo hacía ramificarse en distintas tareas, sus lecturas sobre historia del arte, los autores clásicos y naturalmente, su pasión por la jardinería.

Fue esta última actividad, la que lo llevó durante casi 20 años a atender, una vez por mes, en la localidad de Algier, que era uno de los tantos pueblitos que se diseminaban sobre el río y que formaban parte de la región de Ottawa, en la provincia de Ontario.

Allí sus abuelos habían fundado una granja que se dedicó durante décadas a la apicultura, tarea que continuó y ensanchó su padre hasta su muerte.

Inmerso en ese viaje emocional, recordó un caso que atendió durante mucho tiempo y que, por diversas razones, lo había conmovido.

Las ideas se le presentaron fluidamente, una tras otra, fue desgranando las reflexiones que el tema le promovía.

18. El manuscrito

El trabajo lo tituló "*El arrepentimiento de Darwin*" y se trataba de una honda y precisa argumentación sobre la relación entre el arrepentimiento y la culpa.

Hacía referencia muy especialmente a la pulsión, a esa forma dual e indómita que domina ese tipo de conductas. Ello provocaba inevitablemente un abatimiento, que se incorporaba como una forma de penitencia, que el sujeto se imponía a sí mismo.

Referenciaba para el caso la experiencia de Algier, evitando todo tipo de datos confidenciales, asociados a la natural reserva, que celosamente privaba en su relación con los pacientes.

Pero para sí, a medida que escribía le venía con absoluta fidelidad la imagen de lo ocurrido, se acordó de Darwin y las razones que lo atormentaban.

Recordó, que en los primeros encuentros hablaba únicamente él, como aquellas personas que guardan el más profundo de los secretos y necesitan desahogarse de una infamia que sólo ellos conocen.

También, ese llanto en silencio, que cubrió tantas otras sesiones y que parecían una forma de expiación.

Fueron algunos años, hasta que pudo ingresar en las causas más reservadas y atávicas que motivaban ese estado; años en los que los matices se enriquecieron infinitamente y que resultó una de las experiencias más sobrecogedoras que tuvo en el campo del psicoanálisis.

En su análisis, con agudeza, hacía hincapié en la palabra como liberación, como espacio de una subjetividad constreñida, como la conciencia que construye paralelamente el perfil de nuestra más

profunda personalidad. La palabra como instinto, como el que pasó hambre al comer o el que sufrió al reír o el abandonado, al rehacer su vida.

El trabajo tuvo una enorme repercusión. Fue calurosamente recibido en los ámbitos científicos y en especial por los jóvenes discípulos que con ello encontraron un estímulo a la nueva tendencia que los inspiraba.

19. El escritor

La redacción del Express, uno de los diarios más prestigiosos de Ottawa, presentaba el alboroto natural de los momentos de cierre.

Había que compaginar los títulos, definir las bajadas y determinar la editorial, que era uno de los sellos característicos de este clásico matutino.

John Jeppard estaba en su escritorio, se pasaba con fricción la mano por sobre sus pelos blancos, en una actitud que revelaba su naturaleza ansiosa y perspicaz.

Tenía 68 años y había ganado renombre muy joven, cuando fue premiado por la *Canadian News Agency*, por su excelente trabajo sobre las consecuencias de la descolonización.

En algunas oportunidades, recordaba en soledad ese dato y se preguntaba –cada vez con menos empeño– cuáles habían sido las razones que lo tenían rehén de ese único presente.

Vivía en un departamento sencillo y cómodo en los suburbios de Ottawa, con pocos elementos, los mínimos y necesarios para una vida austera y bohemia que llevaba desde que se había separado hacía más de dos décadas de su segunda mujer.

..

Esa noche revisaba con minuciosidad todas las noticias, que formaban parte del estilo que le imponía su escrupuloso carácter y de las responsabilidades habituales que ejercía como jefe de redacción.

En un momento, le llamó profundamente la atención una reseña que se hacía sobre un trabajo científico. La calidad de la nota y las referencias y connotaciones hechas, despertó en él una curiosidad que no sentía hacía años.

Al otro día, fue a la biblioteca de la Sociedad de Psiquiatras, con el anhelante palpito de quien se encontraba frente a una historia única.

Pidió el volumen y la demora en su entrega, le pareció un obstáculo que se interponía entre él y el hilo de una narración que ya habitaba en su cabeza.

La señorita que lo atendía le dijo que era una publicación de 2000 ejemplares y que solo 200 estaban a la venta, pues el resto se remitía a los distintos colegiados de la Sociedad y algunos ámbitos académicos y de investigación.

Finalmente le entregaron una separata de 160 páginas sobriamente ilustrada y al abrirla, se dio cuenta que estaba en francés, lengua que le ofrecía dificultades en la interpretación de algunos términos. La pagó, agradeció efusivamente, y se la llevó con el celo de quien resguarda un hallazgo.

En su departamento la leyó con lentitud innumerables veces, aprehendiendo cada frase, transportándose en los hechos que marcaba el ritmo de la narración.

Era un gran documento, que tenía una fluidez carente de tecnicismos y giros innecesarios. Conocía a su autor por mentas y sabía que era un renombrado psiquiatra con una definida formación humanística.

20. La historia

El estudio se vertebraba desde una obsesión que tenía, a la vez, infinitos afluentes. Era también un desencuentro, un mundo que se descomponía desde la subjetividad de cada uno de los actores.

Le impresionó especialmente que el protagonista se replegara en el más profundo ostracismo, y que esa actitud no hiciera más que acentuar un equívoco que parecía infinito. A partir de un hecho que oficiaba de disparador, todo se encadenaba en una sucesión de episodios que no hacían más que ampliar el horizonte de la psiquis hasta límites inimaginables.

En esa lectura estaba, cuando empezó a garabatear sobre un papel los rostros de los protagonistas, ubicando en un mapa imaginario sus villas y poblados, definiendo sus perfiles y diálogos que le brotaba fluidamente bajo el éxtasis de una profunda inspiración.

Se sintió como hacía mucho tiempo no lo hacía, con una fuerza renovada, con un espíritu que parecía nutrirse de sus más pretéritas energías. El relato parecía reencontrarlo con aquel joven premiado y talentoso.

..

Al día siguiente en la redacción, comenzó a escribir febrilmente. Realizaría una entrega semanal, en el suplemento literario del domingo, que tenía una asombrosa tirada de casi 200.000 ejemplares.

Después de descartar varias alternativas, decidió titular su entrega como *“La historia de lo que jamás debería haber sucedido”*.

La repercusión fue inmediata y superó todas las expectativas. La gente se involucró con su lectura de una manera apasionada y esperaba la próxima semana con una contenida ansiedad sobre su trama y desenlace.

Fue tema de conversación en todas las reuniones. Se especulaba sobre su final con distintas hipótesis, mientras se aumentaba gradualmente el caudal de seguidores y con ello la venta de los días domingo.

John Jeppard fue distinguido nuevamente –después de treinta y tres años– como el mejor columnista del año por la Canadian News Agency. Fue un acto sencillo y altamente emotivo.

Su consagración no hizo más que multiplicar el interés por su obra, que se expandió como un fenómeno por todo Canadá, en distintas ediciones y formatos.

21. La apropiación

Los años pasaron, como la vida misma, pero la historia había quedado incorporada a una conciencia popular que se recreaba permanentemente en múltiples y variadas versiones.

En especial, para los habitantes de Little Bray que asociaban, su contenido de una forma que les resultaba muy cercana y familiar, y reclamaban su pertenencia sosteniendo que era allí donde se había originado esa trama fantástica.

Haciendo propia la historia, algunos sostenían con toda decisión, que Peter y Ethel habían formado, en un paraje lejano, una familia feliz, pletórica de hijos y descendientes.

Otros consideraban que nunca se habían encontrado, aún más, que sus vidas fueron una búsqueda permanente de ellos mismos, poblada de espejismos y quimeras.

Muchos afirmaban que Ethel nunca existió, pues nadie la había visto en ese poblado y sostenían que la historia partía del delirio de Darwin o quizás del talento del psiquiatra, para avalar la nueva tesis que se imponía en el mundo terapéutico.

..

La narración alcanzó hitos insospechados; al hacerlo, la gente hablaba de sí misma y cada uno transfería sus vivencias, sueños y fracasos. Por lo tanto, había tantas historias como emisores.

Algunos relataban como si se tratara de una esgrima de la palabra, como si con ello constituyeran el más fantástico juego de vocablos. Sentían el placer de escucharse, y a medida que esa espiral hedonista crecía, se alejaba definitivamente de la historia que la había originado.

Los baqueanos, al atardecer, solían entre cantos y payadas, fabular para divertirse o entretenerse; así decían que Peter era un Don Juan y Ethel sólo una más de una interminable serie de conquistas; y agregaban, entre risas, que la actitud de Darwin era acordada con su hermano, cada vez que necesitaba librarse de una nueva relación.

Había quienes solo citaban algunos detalles, y con ello generaban precauciones, dichos y refranes de diverso tenor. Así las madres aconsejaban a sus hijas; los novios a sus novias; los profesores a sus alumnos; los amigos entre ellos, y así infinitamente.

Parecía que la palabra sustituía a la vida, para immortalizarlos o quizás para olvidarlos...

22. La reivindicación

Como si se tratara de un manuscrito memorable, del lugar de nacimiento de una personalidad trascendente, de un hito de la civilización o de una construcción única y emblemática, los habitantes de Little Bray fueron acentuando su orgullo sobre esta historia, que traducida en otros idiomas, se presentaba como si fuera una novela clásica y universal.

Tras su compromiso y fervor, los estimulaba un sentimiento hondo de reivindicación.

Durante décadas –o quizás desde el mismo origen– todo ese ramillete de poblados sobre el río, formaban parte de una región que absorbía sus propias identidades.

La gente no recordaba los nombres de sus villas y en los mapas oficiales solían no figurar. Solamente en el libro de censos, cuando se enumeraban todos los asentamientos, aparecían en letra diminuta y en orden alfabético, como una más de las centenares de comunas que salpicaban el país.

Desde siempre, había que decir Ottawa como forma de referenciar su territorio, o en el mejor de los casos, pronunciar el lugar e inmediatamente aclarar su proximidad y pertenencia con la gran capital.

Estaban condenados a un anonimato, a una forma de vida que podía desaparecer o ignorarse, con la simple actitud que un burócrata omitiera su nombre en esa estadística quinquenal.

Aún el tren, cuando pasaba dos veces por semana, se demoraba apenas algunos momentos, como quien en tránsito se detiene ante la indiferencia.

Parecían –o se sentían– pequeños roedores alimentándose de la naturaleza y sus atardeceres.

...

Eran muchos años, toda una vida que encerraba los sueños, el coraje, el amor, la tristeza y la integridad de varias generaciones, cuyo testimonio parecía hundirse en el olvido como se hace con el rigor invernal.

Desde ya, conocían la soledad de las grandes capitales, esa forma de anonimato que se funde en la multitud; pero también sabían, que todo lo trascendente ocurría en ellas, así lo exponían sus avenidas, palacios, monumentos, próceres, héroes y mitos que ensanchaban permanentemente su propio volumen.

Se notaba en los gestos de los capitalinos, en la displicencia de las mujeres, en los gritos aburridos de los chicos, en sus ropas, en sus giros y ademanes y en ese aire pretencioso al dirigirse a ellos.

Lo corroboraban por esas esporádicas excursiones que hacían algunos para pescar, para buscar artesanías o atuendos propios de la región, y sobre todo, cuando con esas pequeñas máquinas, los retrataban como si fueran una especie en extinción, o un dato exótico del paseo.

No era indignación, era un grito mudo que parecía salir de los añejos cimientos de la iglesia protestante.

23. La identidad

El amor propio los despabiló y desde esa identidad nueva, iniciaron una cadena de contagio en todas las aldeas de la región.

Organizaron excursiones, que en su recorrido mostraban, entre otras paradas, la casa de los hermanos, la granja de los frutos rojos, la estación y la hacienda de terneros azules.

Se abrieron algunos negocios que llevaban nombres connotativos, como la tienda al lado de la Iglesia, “Jeremy”, que vendía obras litúrgicas sobre protestantismo y ensayos vinculados a la lucha en Irlanda.

En la vivienda que había sido de la pareja, se había establecido una casa de té, que servía exquisitas infusiones acompañadas con variedad de pasteles de frutos rojos; se llamaba “*Luna de doble mirada*” y en el dorso de su menú, una poesía aludía al título con bellos versos.

La comuna había alquilado la casa que perteneciera a la familia de Peter y allí se vendían ensayos, documentos, la historia en dos idiomas (francés e inglés) y una serie de explicaciones sobre la región y sus pueblos.

En cuidadas vitrinas se exhibía, el manuscrito de Louis Calvet –que habían solicitado a su familia–, la foto de un sonriente John Jeppard el día de su premiación, el primer artículo que salió en “L’Express” y distintos y simbólicos objetos, entre otros: el recado de montar de Michael, las boletas de facturación de Darwin y una estampa de la familia -la única que había- en una imagen enmohecida.

También, se habían construido dos albergues que, por cierto, resultaban insuficientes para la cantidad de turistas que llegaban todos los días.

Uno se llamaba “*el desencuentro*” y estaba erigido cerca de la estación, con una acogedora recepción revestida en madera de distintos colores.

El otro –más amplio- se llamaba “*La Pasión*” y estaba rodeado de un inmenso jardín y un arrollo artificial cubierto de lavandas y flores violetas y blancas.

La repercusión fue creciendo y el lugar se volvió de una atracción mágica e irresistible.

24. El actor

El departamento de Arte de la Universidad de Montreal era un lugar espacioso y confortable.

Estaba cubierto por una enorme biblioteca en todos sus rincones, que contenía una perfecta catalogación de las obras de teatro, por autor, época y género.

Se preciaba de ser una de las más importantes del país y guardar un lugar expectante en el ámbito internacional. Era motivo de consulta permanente y allí llegaban, en fluido intercambio, estudiantes y doctorandos de diversas nacionalidades.

Mathias Dublet era su director desde hacía unos años y había puesto todo su ímpetu en un nuevo enfoque de la literatura, que abordaba el rescate de la narración oral, como un libro cuya historia común le pertenece a cada uno como autor.

Como egresado del Conservatorio Nacional y especialista en el tema del patrimonio cultural intangible, todo su empeño estaba en recoger y clasificar las diez historias más singulares, que reconocieran en la tradición oral su única fuente.

Era un hombre robusto, inteligente, de aproximadamente 50 años, que en momentos de dispersión, tarareaba para sí –como quien musita- una canción pegadiza que había inventado su abuelo, que su madre le cantaba en la infancia y que él había enseñado a sus hijos con el mismo efecto y beneplácito.

La idea lo demoraba con recurrente interés; cómo puede ser – se preguntaba- que las resonancias y ecos formen parte de un repliegue íntimo que nos enlaza vívidamente, como una forma de comunicación o encuentro.

..

Estaba dirigiendo la tesis de graduación a un grupo de tres jóvenes americanos que terminaban su estadía con el trabajo final.

Les propuso como tema: “*El fenómeno de Little Bray*” y les sugirió para ello, distintas lecturas, referencias bibliográficas, la metodología y un índice tentativo.

Debían consultar todas las fuentes, recorrer el lugar, realizar entrevistas y desarrollar el trabajo conforme a algunas pautas que orientaban la investigación:

- Cuánto de verosímil había en la historia?
- En qué tiempo se desarrolló?
- Qué relación de fidelidad había entre el escrito del psiquiatra, la historia periodística y los hechos?
- Por qué había tenido esa repercusión tan especial?
- En qué medida la historia reflejaba un sentimiento colectivo, para incorporarse en esa dimensión popular?

25. La propuesta

La investigación tuvo una entusiasta recepción. El trabajo comenzó inmediatamente, realizaron entrevistas en el pueblo y en todas las localidades aledañas.

Eran pocos los que recordaban a los protagonistas, habían pasado muchos años y no había descendientes, por lo menos, que se conocieran.

Los memoriosos ubicaban el relato en 1920, otros corregían esa fecha, argumentando con distintas referencias, que había sido unos años después.

Recordaban que los hermanos se llevaban aproximadamente dos años cada uno y que, en ese entonces, rondaban los treinta años.

De Michael y Darwin había distintas constancias que toda su vida había transcurrido en el pueblo; en cambio de Peter sostenían que había partido a un lugar de difícil precisión. Las hipótesis se bifurcaban como la narración o el relato y las razones de la partida y el paradero, formaban parte de diversas conjeturas, algunas de ellas verdaderamente disparatadas.

Sobre Ethel se abría una inmensa incógnita, que tenía como única referencia, al nieto del empleado de la estación, que regenteaba ahora una casa de fotografía.

El hombre les contó, como quien realiza una confidencia añeja e impenetrable, sobre dos extraños que desesperados parecían huir de algo y que, por relato de su abuelo, eran los verdaderos protagonistas de la historia.

A su tiempo, la hija de Louis Calvet, una mujer mayor y muy cálida, les explicó que su padre nunca conoció el alcance de estas repercusiones y que el archivo de sus pacientes lo había destruido como una forma de resguardo. Sólo sus publicaciones hablaban por él, manuscrito que, por otra parte, ya había entregado al museo.

Recorrieron Algier, la finca se había demolido hacía tiempo y en su lugar se extendía una plantación de frambuesas, custodiadas por un familia de asiáticos que fueron imposibles de contactar.

..

Finalmente les llamó especialmente la atención, que todos los escaparates reprodujeran la imagen de Ethel y Peter, que, por cierto, no respondía a su verdadera identidad.

El administrador del museo sugirió con reservas, que habían sido elegidas por una experta en comunicación visual, considerando lo que la gente esperaba reconocer.

Theresse Alduss, era de origen ucraniana, tenía una contemplación profunda, una percepción única y un sólido prestigio.

Como único aporte, les dijo que ella creía que toda forma de comunicación pública es simbólica y se manifiesta esencialmente en imágenes.

Había diseñado el retrato de una mujer joven, esbelta, de ojos bien abiertos, con una mirada chispeante y una sonrisa perfecta, que se despejaba en un contorno de rizos color bronce.

El era un joven apuesto, de pelo renegrido y unos ojos grises que coronaban una nariz aguileña y un mentón firme y sobresaliente.

Estaba claro que imponían un mensaje estético y subliminal.

26. La tesis

La tesis estuvo terminada en el tiempo estipulado. Guardaba un gran rigor en todos los datos y en especial en describir en un anexo los distintos lugares registrados, los nombres y demás especificaciones de los entrevistados, las distancias recorridas y un itinerario cronológico que intentaba acreditar el origen de la historia y su evolución hasta la actualidad.

En el cuadro se podía constatar con claridad tres etapas:

- La primera, se refería a la publicación de la historia en el año 1967, dos años después que el Dr. Calvet diera a conocer su monografía científica, que a su vez remitía a un análisis de casi 14 años entre la década de los años '40 y '50.

- La segunda etapa se refería a la repercusión, ello ocurrió poco después de la publicación del último artículo (el 9 de septiembre de 1969) y germinó como un proceso cultural que se diseminó por todo el territorio durante la década del '70 y principios de los años '80.

En esa primera década, incluían la apropiación identitaria del poblado de Little Bray, cuando un ensayista de la zona escribió en el año 1971, una reseña sobre las inevitables relaciones de la historia periodística con lo ocurrido en el pueblo, generando un sentimiento indisoluble y unánime, que año tras año, se fue convalidando.

Por ese tiempo, se había organizado una asociación por la memoria y movimientos de reivindicación y apoyo en todas las villas. Fue sobre el final de los años '70 la construcción del primer albergue, la apertura de distintos negocios, y el alquiler de la casa de los padres de Peter para instalar un museo.

Apuntaban otro dato, la población estable se había quintuplicado, con una significativa migración interna, compuesta en un alto porcentaje por parejas jóvenes, atraídas por la belleza del lugar, el desarrollo turístico y una calidad de vida que expresaba toda una filosofía.

..

- La última etapa abarcaba desde principios de los años '90 hasta la actualidad, provocando un vuelco impresionante en el contenido y alcance.

La población había aumentado en una proporción aritmética y se extendía como una apretada mancha varios kilómetros a lo largo de la región.

Se habían construido dos hoteles de una famosa cadena internacional. El museo estaba informatizado y uno podía consultar en las computadoras, una versión que se presentaba en ciento dieciséis links, cada uno de los cuales refería a distintos y variados episodios.

Había una pantalla tridimensional y se había seleccionado música acorde con las imágenes.

El gobierno de Canadá había presentado una petición para que el pueblo fuera reconocido como patrimonio cultural y en todas sus guías turísticas sobresalía la zona como de inevitable visita.

Un grupo de notables artistas había levantado una enorme escultura –de dudoso gusto– que se denominaba “el beso furtivo” y representaba dos labios enormes y carnosos, que parecían rozarse entre sí. Tenía doce metros de altura y se emplazaba en el supuesto lugar de los hechos.

La gente concurría en excursiones pautadas y registraba ese momento en el medio de la nada, dejando mensajes, notas, ofrendas y pedidos en su tubería de acrílico, que la nieve arrasaba ese mismo día en su silencioso movimiento.

27. Las conclusiones

El trabajo, en sus conclusiones, señalaba una categórica observación.

La mayoría de las actividades, respondían a emprendimientos vinculados al turismo (souvenirs, restaurantes, albergues, alquiler de casas particulares, hoteles, museos, etc.) y una cadena de servicios que a la vez los nutría; todo, giraba casi exclusivamente alrededor de un fenómeno que multiplicaba su oferta sin cesar.

El 90 % de estas iniciativas, estaban promovidas a través de licencias que otorgaba la “*Town Foundation*”, un desprendimiento de “*Tower Asociation*” que, a la vez, representaba los intereses de un fideicomiso de capitales árabes, que habían adquirido las acciones mayoritarias de una de las editoriales mas grandes del mundo, en proceso de fusión con “*American Flight*”, el mayor intermediario de viajes por Internet.

Ellos tenían el negocio en su totalidad y estaban en pleno proyecto de expansión.

Con suculentos contratos habían encomendado a un grupo de artistas esa dudosa escultura; a la experta en comunicación visual las nuevas imágenes -que tenía varias versiones-; habían construido los hoteles y diseñado las características de un nuevo y ambicioso tour, que ahora llegaba hasta Swift incluyendo dos noches de estadía, para visitar un ficticio atelier, que tenía como todo dato referencial una gigantografía de una de las cartas de Ethel – la otra estaba irrecuperable- que con ayuda de la mejor tecnología, constataba el tipo de caligrafía, la pluma utilizada y también el perfil psicoanalítico de su autor.

Todo tenía franquicias y ello provocaba una permanente movilidad, los negocios abrían y cerraban de acuerdo a sus ventas, y los principales gerentes de la multinacional variaban de destino en forma frecuente de acuerdo a las necesidades y a un riguroso balance contable.

..

Parecía que lo importante estuviese ocurriendo allí, sin embargo, una nueva forma de anonimato se estaba desarrollando.

La mayoría no se conocía, ni tejían relaciones o lazos de pertenencia, porque un inevitable sentido de tránsito los acompañaba.

Los permanentes rumores de venta del grupo internacional llenaba de zozobra a sus agentes y empleados, que sabían que la compañía tenía la costumbre de desprenderse de sus activos con la sola decisión de un directorio, que se reunía dos veces al año en algún lugar del mundo.

Los cuentapropistas no podían competir, la población envejecía y las parejas jóvenes ya no llegaban a este lugar, tan lejos del encanto de unas décadas atrás. Una ficticia escenografía burlaba la narración.

La última frase era lacónica y sugerente.

El consumo parecía sustituir a la palabra...

28. El debate

La tesis tuvo una gran repercusión en los ámbitos intelectuales y académicos, tanto por la calidad y originalidad de su desarrollo, como por los valiosos aportes que planteaba su conclusión.

Fue calificada con las mejores notas, por un autorizado tribunal externo, que recomendó su publicación; y, a su vez, la edición de una separata que contuviera los cuestionamientos fundamentales que abordaba.

El trabajo se llamó, “*La levedad*”, y se estructuraba básicamente sobre tres preguntas, que consumieron seminarios, jornadas y talleres.

Una de ellas, era *si el patrimonio se estaba convirtiendo en un objeto de consumo*.

A favor de esta postura, se encontraban los líderes de la llamada “empresa cultural”, eran ejecutivos, especialistas, consultores internacionales, que se congregaban en fastuosas jornadas de trabajo para sostener su posición.

Argumentaban que este tipo de iniciativas generaban una significativa mano de obra, un estímulo que se debía a la llamada “industria sin humo”, que por otra parte ponía en valor los pequeños poblados, favoreciendo el sentido de solidaridad y pertenencia. Indicaban la significación que tenían los logos, marcas y señales como un dato referencial en un mercado ecléctico, ávido de consumo y novedades.

Relativizaban los costos, como efectos no queridos, que imponían los condicionamientos actuales.

En algunos casos, innecesariamente se aludía al contexto histórico o a los rasgos sobresalientes de la contemporaneidad.

El post modernismo, las nuevas nacionalidades, la globalización, eran citas inevitables que pretendían dar sustento a esta posición, que -sostenían- debía adecuarse a los criterios que regía el sistema.

Los críticos enfatizaban que *lo que se consume no se preserva* y que esta última disposición exigía una celosa catalogación sobre los bienes u objetos de incontrastable singularidad.

Consideraban a la historia, pero sugerían que el mérito radicaba en el propio pueblo, como había ocurrido en los años ‘70 y ‘80.

Señalaban que proteger es asumir lo intangible y que su valor reside en su originalidad contextual, muy lejos del afán desenfrenado de su comercialización.

Reprochaban firmemente los últimos años, como un lamentable proceso de desnaturalización.

..

Otro tópico, era *si se podía preservar aquello que no se podía constatar*.

Que era lo que se preservaba?, se preguntaban en simposios sobre este dilema.

Muchos sostenían que la vida es finalmente narración y la literatura (el arte en general) capaz de crear regiones, personajes y tramas imaginarias que dan vuelo a la existencia, y constituyen los datos más añorados de nuestra condición.

Que sería Francia sin Rimbaud, España sin Cervantes o Inglaterra sin Shakespeare, que sería sin esas ficciones sublimes, que delinean un arquetipo universal.

Así indicaban que en escala, cada pueblo, cada ciudad, villa, aldea, tiene su personaje, su historia, su leyenda, todos datos patrimoniales tanto como un lago, río o montaña.

Otros más cautos, definían que cuando se trataba de una historia generada por un manuscrito académico, la constatación se imponía como una imprescindible necesidad. En ello había consistido la

investigación, y la propia tesis reflejaba la dificultad para reconstruir los hechos más elementales, generando un precedente peligroso e inestable, que podía manipularse e instalarse en otros puntos, con la sola voluntad que una poderosa multimedia decidiera imponer y multiplicar su mensaje.

Así sentenciaban, si no había un hecho constatable, tampoco había montaña...

..

Por último, el opúsculo planteaba, *si el patrimonio intangible podía atribuirse a un lugar o definitivamente era de todos*.

El tema desató una discusión acalorada y tensa. Se preguntaban si una historia que llega a ser de todos, puede ser apropiada por un solo lugar.

Sobre ello se abrían innumerables matices.

Los representantes del pueblo y la región - reunidos desde hacía años en un foro- sostenían que una cosa es el origen o génesis de una historia y otra muy distinta su repercusión o efectos.

Es de todos el fenómeno, pero es nuestra la identidad.

No todos estaban de acuerdo, (muchos se nucleaban en otro foro, que se llamaba “El origen”), pues sostenían que la propia repercusión había difuminado la identidad del pueblo -como demostraba la tesis- convirtiendo al lugar en una agresiva feria de oportunistas, desvirtuando su paisaje y provocando una clara emigración de sus habitantes más antiguos.

Por el lado contrario, estaban quienes sostenían que toda identidad está en el fenómeno, y que sin esta repercusión la historia no existiría, como tampoco su origen y apropiación.

29. El reinicio

Dominique Le Blanc, era una antropóloga social que había culminado hacía muy poco su doctorado sobre el tema “Identidades Pluriculturales”.

Era joven, mundana, extremadamente talentosa y hablaba distintos idiomas con una facilidad llamativa.

Había seguido en el periódico la extraordinaria cantidad de simposios y seminarios que se llevaban a cabo por esos días, sobre las reflexiones que trazaba la separata.

Su curiosidad pudo más, necesitaba hurgar en el propio texto y detenerse en los planteos realizados por eso tres americanos.

..

Al otro día, fue al Departamento de Arte de la Universidad de Montreal, con el anhelante palpito de quien se encontraba frente a una historia única.

Pidió el volumen y la demora en su entrega le pareció un obstáculo que se interponía entre ella y el hilo de una narración que ya habitaba en su cabeza.

La señorita que lo atendía le dijo que era una publicación de 2000 ejemplares y que solo 200 estaban a la venta, pues el resto se remitía a los distintos estudiantes de ese Departamento y a otros ámbitos académicos y de investigación.

Finalmente le entregaron una separata de 160 páginas sobriamente ilustrada.

La pagó, agradeció efusivamente, y se la llevó con el celo de quien resguarda un hallazgo...